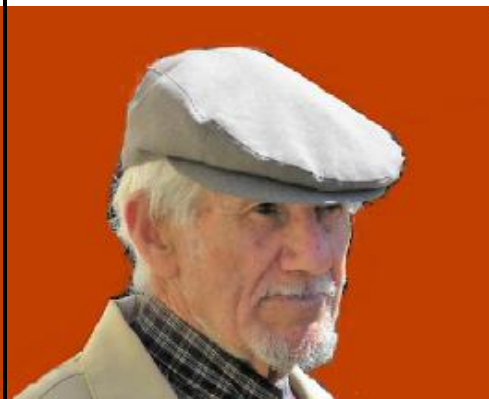




¡¡¡viva por ti!!!

Amancio Calvo Antón - ARTISTA

Desde hoy, un angelillo escribano ha añadido con letras de oro un nombre más a la nómina de artistas que figuran en las listas del cielo: Amancio Antón. Pero no se trata de un nuevo descubrimiento, pues todo el mundo sabía de sobra que Amancio era un artista. Bastaba ver sus obras para rendirse de admiración. De admiración y de gratitud, pues sus obras las hizo (en un callado ejercicio de altruismo) para el pueblo, y en el pueblo están.

Algunos apuntes rápidos –aportados para mi auxilio por la memoria y los conocimientos de Cándido Meruelo– para una especie de biografía podrían ser que de joven era ya un experto conocedor del campo y de las costumbres de los pájaros y el viento; que trabajó en la tejera donde se familiarizó con el barro; que se fue voluntario a la Legión y que, al acabar, volvió a la tejera. Fue a trabajar a la República Dominicana donde aprendió el arte de la pintura y de la talla. De vuelta en Sotillo, por el año 1965, celebró una gran exposición de cuadros en la galería “El Pianillo” con un rotundo éxito. Los admirados visitantes aún recuerdan que figuraban en la muestra un retrato del presidente J. F. Kennedy y un autorretrato, que sigue en poder de un coleccionista del pueblo. Marchó a la ciudad a trabajar en un taller de escultura, volvió al pueblo y en él alternó su actividad artística con visitas a un famoso monasterio cercano en el que realizaba labores de talla y restauración.

Cuando Amancio no estaba volcado en las labores artísticas se le podía encontrar en el campo del que era un consumado conocedor, pues no existía ser vivo (animal, planta o fruto comestible), ni fenómeno meteorológico que no tuviera controlado.

Pero Amancio será recordado aún más por sus trabajos de escultura. En los primeros tiempos trabajó más la madera (nogal y olmo), y después –desde mediados los años 80– la piedra. Este humilde narrador, no experto en materias de talla, concede mucho mérito en la obra de Amancio a la capacidad espacial y al dinamismo que muestran las figuras, especialmente las talladas en madera.

Numerosas son las anécdotas sucedidas en la realización de algunas de sus figuras: buscar las piedras, transportarlas hasta el pueblo, tallarlas, colocarlas en su sitio, etc. Tres hay en las que Amancio quiso quedarse retratado. En el Monte Tabor, en la imagen “El buen pastor”, tallada en una roca que como no se pudo mover, hubo de hacerse una ermita para cubrirla. Otra, en la Campiña, que representa a Amancio con tres águilas. La otra es el autorretrato que desde hace años le esperaba en su panteón.

Amancio deja el pueblo y el campo de Sotillo sembrado de numerosas obras artísticas de su creación que reciben a diario la admiración de los vecinos, de los pájaros y de los flujos del aire. Amancio siguió su vocación alejado de los circuitos comerciales y artísticos, ajeno a los bullicios sociales, a los focos y a los oropeles, y hasta renunció a actos públicos de reconocimiento. Pero además deja el recuerdo de ser una persona buena, humilde, sencilla y generosa.

Trabajo no va a faltarle ahora, pues un listado interminable de estrellas en bruto le esperan impacientes para que conforme con ellas ángeles de luz.